

"Bebieron el caliz del Señor y se hicieron amigos de Dios".

BIOGRAFÍA DE DON RAMÓN MARÍA DE MADARIAGA Y ALONSO

Nació Ramón en el seno de una familia profundamente católica, y así pudieron ser sus primeros años como el manso curso de aquellas aguas puras de Siloé que habían de irse dilatando en ondas abundantes. Al alborar el uso de la razón, llora desconsolado la noche de la Primera Comunión en brazos de su madre, porque: "Se acaba el día más feliz de su vida"... Dos años más tarde, ingresa en el Colegio de los Padres Jesuitas de Alberto Aguilera, para comenzar el Bachillerato. Curso, tres curso, los fué coronando con Sobresalientes y Matriculas de Honor. Pronto se granjea el aprecio de todos sus maestros y compañeros. Obtiene dignidades de aplicación, de aprovechamiento, de conducta. Se distingue sobre todo por la piedad, piedad Mariana. Amor apasionado a la Inmaculada. Que cristaliza en un tono de vida seráfico, donde no tuvo cabida el pecado y que le haría siendo ya un hombre hecho y derecho; renunciar los sabados, a alternar y mirar ninguna mujer en honor de su Dame la Reina de los Angeles. Por algo, le afirmaba el Padre Angel Ayala a su padre, cuando Ramón, salió del Colegio: "Que estaba seguro que había conservado la gracia bautismal."

En ocasiones, nos decía, que sentía la presencia de la Santísima Virgen y casi, la caricia blanda de su manto; hubiese querido ser Jesuita, pero el Señor lo llevó por otros derroteros. Derroteros de Apostol, fundador del Centro de Juventud de su Parroquia de Sta. Bárbara.

Allí por los años veintitrés al veinticinco al veintisiete, abre el surco, limpia malezas, aplana las dificultades, sufre, combate, está solo, casi solo. Así y todo, edita un periódico: "Juventud y Parroquia" y en ocasiones se los escribe de arriba a abajo con diversos seudónimos. Lo vende en las puertas del Templo. Logra suscripciones. Bendice la Bandera. Es incensable.

Angel Herrera, le lanza a la propaganda con cara de niño. Pero vá haciendo de él, el apostol de palabra caldeada, para execrar la disolución de los tiempos y loar los Capítulos del Santo Evangelio. Corre en viajes místicos, algunas provincias de España, cuando le deja su actividad profesional. Unos domingos, sale a predicar por la diócesis: Perales, Tielmes, Morata de Tajuña...: Otros, los pasa en el Asilo de "Porta Coeli", con los golfos o en la barriada de la primitiva "Ventilla" dando catequesis con Ignacio Sirvent.

Comulgaba a diario. Hacía meditación, lectura espiritual diaria, santo rosario y vivita diaria al Santísimo.

Cuando terminó la carrera de abogado, le preguntó su madre que regalo quería. ¡Un retrato de la Inmaculada!... Túvolo siempre sobre la cabecera nuestro letrado.

Hizo el Servicio militar en la Escolta Real. Y convirtió el cuartel en una escuela catequística. Todos los soldados de haberes, fueron sus alumnos. Ni sabían leer, ni conocían a Dios. Ramón les enseñó ambas cosas. Quizá que como premio, vino a sufrir el martirio, diez años más tarde, precisamente en el mismo paredón del Cuartel de la Montaña, donde tuvo instalada su cátedra de religión.

Tenía un caracter muy fuerte, pero se lo tornó apacible y moderado. Jamás le vimos alterarse, jamás se descompuso. Trabajaba, estudiaba, oraba, lo encamuzaba todo, lo aprovechaba todo hacia la tendencia única de su vida entera: Hacia Dios.

El amor decidido a Cristo, era lo esencial, lo positivo de su actitud. Todo su ser era un grito hacia el amor heroico de Cristo. Era un santo

La Política le arrebató, y a ella se consagra valientemente después de su matrimonio. Elegido Concejal Monárquico en las últimas elecciones del treinta y uno, comienza, el ciclo de sus tormentos.

Ataca de frente a los socialistas. No teme sus amenazas. Contesta con la verdad. Tiene voz de guerrero y tipo de asceta.

Los contrarios le llaman en tono de burla: "Jesuita". Ramón contesta desde su escaño: "Y a mucha honra me educé con ellos".

El año treinta y seis cuando vuelven los concejales del treinta y uno ha subido de categoría. Le llaman "S. Ignacio".

Sonríe mansamente. Parece que le honran los insultos. Cuando en alguna ocasión se pone en pie para exponer o rechazar una cuestión, se oyen frases mordaces como esta: "Cuidado con el Concejal Madariaga ha puesto la mano sobre el Evangelio".

Ni un día faltó a su puesto. Desconcierta en ocasiones a los Concejales y al propio alcalde.

¿Porqué tiene Madariaga, esa ecuanimidad?...Delante de él, hay que callar ciertos chistes y ciertas historias.

Le cogió en Madrid con su mujer y sus dos pequeñas la revolución del treinta y seis. Nunca quiso marcharse, a pesar de los ruegos de su padre el treinta y uno, el treinta y cuatro y ese mismo año.

"Hay que defender" decía "los intereses de los que me han votado".

Y en otra ocasión a su mujer: "Mira, cuando una madre está en la agonía, los hijos no deben abandonarla, sino estar a su cabecera, eso sucede con España, es nuestra madre, está en la agonía, nos necesita como nunca, va a padecer mucho la religión y por salvarla, hay que llegar si es preciso hasta el martirio".

Lo cumplió.

Su principal actividad durante los primeros días de la Cruzada, fué la oración. Tenía siempre la Imitación de Cristo entre las manos. Alentó a cuantos le rodearon en aquellos días y aquellas horas horribilmente trágicas.

"Entrega. Amor. Confianza".

"No hay que apurarse no sucederá más que lo que Dios quiera, y si lo que quiere son nuestras vidas, otorgárselas".

Ni aún en esos momentos perdió aquella postura de abandono en la Providencia, que le era habitual.

Los verdugos le prendieron en su domicilio de Almagro dos, el 13 de agosto a media tarde; fué juzgado en varios Tribunales, y remitido de unos a otros a ejemplo de Cristo. Ni una queja. Imputósele como delito su propaganda católica y su denuedo en defender la Fé.

Sufrió su agonía de Getsemaní en el patio del Cuartel de la Montaña, rodeado de atletas como él. Había querido el martirio y lo esperaba sin alterarse.

A las dos de la mañana del 14 de agosto, salió con el piquete, en un grupo de cinco compañeros. Inmutable, colosal, dando alientos, según acreditan testigos oculares.

Se puso más derecho que nunca, creció como un gigante y cobrando

ímpetu de Cielo, levantó impávido el brazo derecho en ademán de eterno triunfo y de victoria eterna; y exclamó:

" VIVA ESPAÑA"!

!VIVA LA VIRGEN DEL PILAR!

!"VIVA CRISTO REY"!

Todo estaba consumado. Sobre la tierra hirvió la sangre del Martir como en los lagares hierve el vino.

Veinticuatro horas después del suplicio le dieron sepultura en el Panteón de su familia. Desde el Depósito de Cadáveres, al Cementerio de San Isidro, le acompañó un único familiar, su tío.

Allí sigue actualmente a Honra y Gloria del Altísimo.

A si sea.